

## NUEVOS DESAFÍOS PARA LOS CIENTÍFICOS SOCIALES\*

SUSANA B. C. DEVALLE  
*El Colegio de México*

Nuestra lucha no es simbólica...

RIGOBERTA MENCHÚ TUM (Premio Nobel de la Paz)  
Conferencia, El Colegio de México,  
marzo de 1993.

No hay un documento de la civilización que no sea  
al mismo tiempo un documento de la barbarie...

WALTER BENJAMIN, *Iluminaciones*

EL MUNDO actual enfrenta a los científicos sociales con nuevos retos. La naturaleza expansiva y el acelerado ritmo de los cambios ocurridos en los últimos años exigen una reformulación sobre cómo abordar el estudio de las *problematiques* sociales resultantes, que últimamente han adquirido gran relevancia. En el campo de las ciencias sociales, este sentido de urgencia recuerda el que animaba las recomendaciones de Jean Copans hechas hace veinte años, en medio de una de las más profundas *crise de conscience* por las que haya atrevesado la antropología. En ese entonces, se ponía énfasis en la necesidad “de cambiar los orígenes de las preguntas que tenemos que responder (...) hablar de *algo más* y en *otros términos*” (1974: 33; el subrayado es del original). En ese momento la atención se concentraba en los temas dominantes de esa crisis: el colonialis-

\* Algunas de las ideas desarrolladas en este ensayo fueron tratadas en la Segunda Conferencia Mundial sobre Violencia y Coexistencia Humana (Montreal, 1992) y en la Cuarta Conferencia Decenal de la Asociación de Antropólogos Sociales de la Commonwealth (Oxford, 1993).

mo, el neocolonialismo y los discursos centrados en Occidente. Hoy en día, el proceso de globalización y el dominio de la tecnología y la economía, a merced del cual se encuentran las sociedades —en lugar de que esa tecnología y esa economía sean las que estén al servicio de las sociedades según las necesidades de éstas—, junto con el *culto a la tecnocracia*, son las fuerzas mediante las que se busca imponer el dominio económico y físico (militar) sobre extensas áreas del mundo. La frase “colonialismo de mercado” que usa M. Chossudovsky (1991), por ejemplo, se refiere en parte a esta situación. Existen, sin embargo, otros rasgos de esta nueva fase en el intento por lograr el dominio global, que no pueden ser ignorados: primero, numerosos fenómenos importantes en el mundo de hoy están atravesados por la dimensión de la cultura; segundo, el actual control de Occidente también se sitúa significativamente en el logro de la hegemonía cultural.

Para abordar estos problemas, este ensayo busca revelar la naturaleza y los límites del proceso de globalización que hoy domina, entendido como un proyecto cultural de “Occidente” o del “Norte” (principalmente de Estados Unidos, sin olvidar a su equivalente asiático, Japón), y señalar como es impugnable dicho proceso. Desde la perspectiva de este ensayo, éste debería verse como *sólo uno* entre varios otros proyectos posibles. Primero se examinarán brevemente algunas de las tendencias presentes en el contexto internacional. Luego el ensayo se centrará en uno de los problemas más importantes del mundo actual: los fenómenos comprendidos por el término etnicidad y las cuestiones culturales tal y como se viven al nivel de la gente común.

### Tiempos de alta densidad

El mundo parece estar pasando por una de esas épocas que pueden identificarse como *tiempos de alta densidad* en la historia de las sociedades. Hoy, este tiempo se caracteriza por una tensión creciente entre, por un lado, el desarrollo de profundas transformaciones socioeconómicas y políticas y, por el otro, la operación de fuerzas endógenas que tienden

hacia el mantenimiento y la reformulación histórico-cultural. En el presente, esta tensión se ha visto particularmente marcada por la violencia, que se manifiesta bajo diferentes modalidades.

Es posible observar el desarrollo de dos tendencias divergentes que podrían llamarse de *globalización* y de *autoconvergencia*. Como resulta evidente hoy en día, la primera de estas tendencias pugna por la cristalización de bloques económicos masivos (los clubes de los *exitosos selectos*) y la consolidación de un nuevo mapa político del mundo bajo los dictados de una especie de geopolítica brutal, a menudo apoyada por la fuerza. Esta tendencia implica, entre otras cosas, el monopolio del Norte sobre el capital, la tecnología y el conocimiento, como medios para la dominación global. Como aliadas del proyecto del Norte encontramos a las élites económicas y de poder de las sociedades del Sur. En estas últimas, la subordinación al proyecto economicista va acompañada, en el campo de la cultura, de parámetros culturales prestados. La segunda tendencia, predominante principalmente en el llamado "Tercer Mundo" y alimentada por fuerzas endógenas, lucha por lograr una reconfiguración del mundo sobre la base de afirmar *profundas* identidades históricas y de compartir vivencias históricas. Esta tendencia ha surgido para poner en duda la rígida ecuación "un Estado = una sola Nación" en las sociedades multiétnicas; el papel de los constructos ideológicos e intelectuales de la "alteridad" propios de Occidente, y las nuevas demarcaciones de los espacios políticos establecidas por las potencias mundiales actuales.

Dentro de este panorama general, las recientes manifestaciones de ultranacionalismo en Europa parecen ubicarse en un terreno ambiguo, como si dependieran del actual proyecto económico político dominante (Hobsbawm, 1991: 537, 555-556; Bonfil Batalla 1992: 12-18), que no tolera la diversidad y es exclusivista. Algunos fenómenos en Asia también presentan esta actitud de intolerancia y exclusivismo (como la ideología de *Hindutva* en la India actual). En contraste, otros procesos que tienen lugar principalmente en el "Tercer Mundo" (incluyendo a sus contingentes de migrantes en el Norte), resultan radicalmente diferentes en su naturaleza, su historia y sus

objetivos a largo plazo. Éstos no parecen ser exabruptos circunstanciales orientados hacia la búsqueda de una reivindicación inmediata y exclusiva de la identidad etnonacional, sino fenómenos con una considerable profundidad histórica y con objetivos sociales que sobrepasan ampliamente la simple reivindicación étnica inmediata entendida en sentido estricto (ultranacionalismo).

En la actualidad, la expansión del proyecto cultural de Occidente disfrazado de globalización se basa en la imposición y no es producto de un proceso de convergencia cultural o de la simple elección libre. Es a la sombra de este proyecto como se están desarrollando las llamadas *culturas híbridas* (cf. García Canclini, 1990). En este contexto, hay voces aún aisladas —con acentos tanto críticos como favorables— que empiezan a hablar de una “recolonización” de vastas regiones del planeta (prácticamente todo el mundo no Occidental) (véanse, sobre todo, los editoriales en periódicos de Almeyra, 1993 y Johnson, 1993). ¿Es “recolonización” un término apto para caracterizar la situación mundial actual? Mientras Hobsbawm, refiriéndose a Europa, señala acertadamente que “la aparente explosión de separatismo en 1988-1992 es [...] un ‘asunto pendiente desde 1918-1921’”, se puede decir que en el Sur la continua reafirmación de profundas identidades histórico-culturales —llamada en forma vaga y general “etnicidad”— sería el producto de un asunto pendiente de descolonización que va desde 1945 hasta la fecha.

Tomando en cuenta las circunstancias del momento, ¿cuál es el lugar que ocupan en el panorama mundial actual las continuas luchas de liberación y otras fuerzas contestatarias? ¿Cuáles son las modalidades que adoptan estas fuerzas en el ámbito cultural, y a qué niveles sociales operan? ¿Cuáles son las alternativas abiertas que conducirían a la paz en una época en que la violencia y la fuerza —de maneras abiertas y escondidas— han sido sancionadas como medios “legítimos” para ser usados en escenarios tanto internacionales como locales, en particular cuando esto se añade a situaciones prevalecientes de desigualdad y violencia?

El salto considerable del nivel internacional al nivel popular de la vida cotidiana, tan frecuente a lo largo de este ensa-

yo, corresponde a un intento consciente por evitar caer en la perspectiva —que ahora es muy común— de reprimir la realidad social, y que en sí mismo es una expresión del poder de la *cultura de la negación*, propia de las élites, la cual usan tan ampliamente los actuales planificadores del mundo.

### ¿Globalización o recolonización?

En términos globales, la esperanza no parece ubicarse entre aquellos que recientemente han proclamado “el fin de la historia”, en el intento renovado por abolir un pasado que de otra manera permitiría darle sentido al presente e imaginar el futuro. Tampoco se ubica en la reformulada noción y práctica occidental de “progreso”, que se ha traducido inveteradamente en formas concretas de dominación (Nairn, 1975) y que después de la década de los ochenta ha dado como resultado una situación que algunos especialistas califican de “pobreza global” y de “colonialismo de mercado”. Es precisamente porque hacer historia es una posibilidad abierta a muchos y muy diversos pueblos por lo que la filosofía economicista dominante en la actualidad, aunada al nuevo militarismo intervencionista,<sup>1</sup> se han apresurado a anunciar “el fin de la historia”. Desde el punto de vista de la dominación esta postura no es muy nueva, y más bien hunde más raíces en la percepción colonialista del mundo propia de Occidente. El “Nuevo Orden Mundial” proclamado por algunos es de hecho viejo, en cuanto a su perspectiva de promover democracias dependientes que a menudo se vuelven represivas por su desprecio a la soberanía y a la autodeterminación, por el papel que autoasumen las poten-

<sup>1</sup> Desde las intervenciones militares —incluyendo las operaciones militares llamadas “humanitarias”—, las amenazas, las invasiones, los bloqueos, y los intentos por militarizar la Organización de Estados Americanos, hasta las recientes denuncias del carácter no democrático de la Organización de Naciones Unidas. Véase el discurso del presidente de Estados Unidos pronunciado en Annapolis, Maryland, el 27 de mayo de 1992; véase también el debate de la OEA en Nassau, Bahamas, del 20 de mayo de 1992.

cias de inquisidores y jueces de las situaciones de otras sociedades, y por el establecimiento de un orden económico que no responde a las necesidades sociales y económicas de las sociedades en desarrollo. Actualmente, la voz de dos terceras partes del mundo ha sido silenciada en el discurso dominante. En semejante contexto, marcado por patrones de dominación-subordinación que están siendo redefinidos y reforzados, el factor de la fuerza participa como un elemento constitutivo. La violencia de los poderosos —ya sean las élites locales o las potencias mundiales de hoy— ha invadido últimamente la cultura política y con frecuencia ha sido “legitimada” como parte integrante de la vida social.

En los últimos tiempos, los imperativos económicos y tecnológicos han ganado terreno en el mundo industrializado y entre los gobiernos impulsados por las democracias dependientes que han sido recientemente impuestas en las sociedades en desarrollo. Las consecuencias que estas circunstancias tienen para el Sur ya se han hecho evidentes. En estos años han surgido claras señales de alarma en Latinoamérica (Perú, Venezuela, Brasil), donde se ha hecho patente la fragilidad de los gobiernos democráticos subordinados a un modelo económico externo y cada vez más divorciados de los problemas concretos de la población en general. La creciente desigualdad y la pobreza derivadas de la dramática “década perdida” de los ochenta y su agravamiento bajo las nuevas políticas económicas adoptadas (“neoliberalismo”, libre mercado) explican en parte el destino incierto de las actuales democracias *formales* de la región. Dado el conocido vínculo entre la liberación de la economía y el autoritarismo político, el riesgo que corren esas democracias de convertirse en “democracias represivas” es realmente muy grande (tal como ya sucedió en Perú) (véase, Chossudovsky, 1991, 1992; J. Ghosh, 1992: 950). Por otra parte, esta situación se halla tras el desarrollo, producido en años recientes, de una *violencia social de la desesperanza*, que se manifiesta en disturbios por conseguir comida, en la delincuencia urbana que nace del empobrecimiento y en actos dispersos de insurrección política.

La democracia, los derechos humanos y políticos, los pueblos y los gobiernos se han visto subordinados o condiona-

dos por el mercado y las instituciones financieras internacionales. Esta subordinación y este condicionamiento también se pueden ver en términos de la violencia que se ejerce sobre las sociedades que padecen sus efectos. Mientras que el aumento de la pobreza y la desigualdad entre el Norte y el Sur ha sido señalado últimamente en varios foros internacionales como un peligro para la democracia (al favorecer las confrontaciones sociales, es decir, las protestas populares), poco se ha hecho para establecer cuáles son las causas de estas crecientes desigualdades y cuáles los objetivos de la protesta popular, para lograr así la modificación o el abandono del paradigma económico-político actual. Es en el hecho de ignorar así las raíces de las crecientes desigualdades, los contenidos sociales y culturales diferentes y las trayectorias históricas de las sociedades del Sur, donde yace el peligro real para las democracias que ahora están o bien imitando o bien siendo presionadas a aceptar el actual modelo económico-político dominante en Occidente, que es al mismo tiempo, un modelo cultural.

La percepción del Sur que hoy en día impera en el Norte parece hundir sus raíces en una postura más generalizada que se centra en Occidente y que tradicionalmente ha justificado la incorporación de las sociedades no occidentales al sistema mundial, en condiciones de desigualdad. Sobre la base de esta perspectiva, el Sur se ha transformado con el paso del tiempo en un tablero de ajedrez para “juegos estratégicos” con víctimas de carne y hueso, un terreno abierto para el saqueo de sus recursos naturales, el proveedor de la reserva de mano de obra (ahora internacionalizada) y se ha convertido en un escudo para “proteger” los intereses de las potencias mundiales.

En la actualidad este discurso de dominación se ha traducido primero al lenguaje aparentemente inocuo de las relaciones comerciales internacionales. En este discurso, el impulso en favor de un desarrollo controlado para el Sur está siendo reemplazado cada vez más por la puesta en práctica de metas extractivas y por la incorporación, selectiva y asimétrica, de algunos sectores sociales de las sociedades del Sur en bloques más grandes. ¿Estamos siendo acaso testigos no de la emergencia de un “Nuevo Orden Mundial”, sino de la reformulación y revitalización de uno antiguo,

caracterizado ahora por su acelerado paso y su extensión de gran alcance?<sup>2</sup>

El concepto de la seguridad como paz —todavía vigente hoy en día a pesar del fin de la guerra fría— es parte del paradigma estratégico de Occidente y es ajeno a la percepción humanista de las relaciones sociales. Jim Falk ya ha señalado las deficiencias del concepto de seguridad como paz, subrayando que “la paz no es sólo de la incumbencia de las superpotencias”, y que “el miedo es un fundamento inadecuado para construir la paz” (Falk, 1988: 221-222). La postura de las potencias respecto de la seguridad sigue siendo, precisamente, lo opuesto de aquello que recomienda el paradigma de la paz. Recientemente, el significado de la paz se ha visto aún más distorsionado.

El concepto de la seguridad como un fundamento para perpetuar o extender la dominación necesita de enemigos contruidos para justificarse. Con sólo tomar en cuenta la “escandalosa desigualdad” que existe hoy en el mundo (Flores Olea, 1990: 12) y su previsible agravamiento bajo el nuevo orden económico internacional, podríamos aventurarnos a nombrar las nuevas “amenazas” que están construyendo las potencias mundiales: el Sur, y las fuerzas que tienden hacia la diversidad, como la autoafirmación étnica y nacional (*no me refiero aquí a la variedad ultranacionalista à la europea, que ha sido aceptada en términos generales por las Naciones Unidas*), (véase A. Gunder Frank, 1990; P. Chopra, 1991).<sup>3</sup> La más reciente reinvención que ha hecho Occidente de los pueblos del Sur se ha

<sup>2</sup> Los sucesos de los últimos años han revelado el final del compromiso para el desarrollo con el objeto de asentar la seguridad de las potencias, y su claro remplazo por la amenaza y/o el uso de la fuerza. Esto se combina con la imposición de un modelo económico que ha tendido a provocar un empobrecimiento mayor en extensas áreas del mundo, y que va acompañado de efectos colaterales como los que resultan de los daños ecológicos, al punto de que algunos expertos auguran la generalización de las hambrunas (Vancouver, 1990), y el resurgimiento de las enfermedades de la pobreza, tal como ya sucede con el cólera epidémico en Latinoamérica.

<sup>3</sup> La etnicidad —en términos no específicos— ha sido considerada precisamente la nueva amenaza (discurso del presidente de Estados Unidos, G. Bush, en Annapolis, en mayo de 1992; comentarios de W. Christopher de enero de 1993, bajo el gobierno de Clinton).

vuelto dolorosamente obvia en los cálculos brutales de las potencias sobre los “costos aceptables” de la última guerra (la guerra del Golfo), y en el desprecio racista de las potencias hacia los pueblos de Medio Oriente, símbolo de un desprecio fácilmente extensivo al resto del Sur. Es a partir de estas bases como surgen las representaciones de los “pueblos estigmatizados” (véase Said, 1988: 48, 49).

Al mismo tiempo, los fenómenos sociales enraizados en la vitalidad del campo histórico —lo que se ha llegado a llamar etnicidad— han rebasado las fronteras de los Estados modernos establecidos y se han erigido en uno de los focos de la política internacional. La diversidad es hoy en día una fuerza que desafía los límites impuestos sobre las identidades histórico-culturales que, habiéndose desarrollado en la *longue durée*, enfrentan mecanismos de contención. Estos mecanismos han cobrado nueva fuerza, notablemente mediante la materialización de nuevos *coordonnés sanitaires* entre ricos y pobres, el resurgimiento abierto del racismo y la propuesta exclusivista y centrada en Occidente de un “Estado homogéneo y universal” que niega incluso la llana existencia de las tres cuartas partes del mundo. Hoy, sin embargo, la diversidad se formula de muchas maneras distintas.

Mientras las sociedades del Norte buscan establecer sus propios nichos mediante varios proyectos animados por un espíritu similar (Cuenca del Pacífico, Comunidad Europea, Iniciativa para las Américas), una marea contraria se ha ido moviendo hacia una configuración diferente del mundo. El vasto Sur, marginado de la bonanza de los *ricos selectos*, se está desplazando masivamente, a primera vista, en términos espaciales: las nuevas migraciones internacionales desencadenadas por los procesos económicos y políticos de los últimos veinte años, y la dolorosa epopeya de los refugiados, producto de la violencia de nuestra época. En los países en desarrollo, las “víctimas” del nuevo modelo económico —los sectores empobrecidos que incluyen parte de las clases medias— también han empezado a movilizarse políticamente, a menudo guiados por un sentido de lo que podríamos llamar en forma amplia el “carácter de la nación”, que se expresa en una defensa de la soberanía (una vez más, los sucesos producidos en América

Latina durante los últimos años constituyen un conveniente ejemplo).

Cuando los sectores subordinados y las comunidades etnonacionales recurren a su identidad histórico-cultural, están expresando sus preocupaciones y opiniones acerca de asuntos que tienen que ver con la cultura y la desculturización, el respeto a sí mismos y la autodeterminación, la naturaleza desigual de las relaciones socioeconómicas existentes y, en particular, su derecho a participar abiertamente en la política. Últimamente, la mayoría de las veces esta participación se busca fuera de las estructuras formales establecidas (como los partidos políticos).

### Etnicidad: la tendencia autoconvergente

Aquí consideraremos la etnicidad no como un fenómeno autónomo, sino como un *fenómeno histórico*, subordinado a contradicciones existentes de clase y de centro-periferia, y como un elemento que actúa en la dinámica cultural. Un “estilo” étnico o nacional (Abdel-Malek, 1981: 151-159) será vivido y expresado de diversas formas por las clases y sectores sociales diferentes que lo toman como un punto de referencia según sus experiencias históricas, colectivas, particulares (Devalle, 1992).

Existe, por lo tanto, *una pluralidad de los discursos étnicos*. Actualmente, estos discursos se pueden colocar de manera amplia en las siguientes categorías: 1) la etnicidad como un elemento de apoyo para las clases dominantes y para el Estado; 2) la etnicidad como un elemento que aporta una base para formas extremas de afirmación de la identidad, lo cual, en situaciones de inseguridad social y económica suele respaldar un concepto rígido y exclusivo de la Nación-Estado, negando, a menudo con violencia, cualquier expresión de diversidad (como sucede con los ultranacionalismos y los llamados “fundamentalismos”, de los cuales son buenos ejemplos los recientes ultranacionalismos en la antigua Yugoslavia, y el “ultranacionalismo hindú” en India); 3) la etnicidad como una fuerza contrahegemónica en la que la filiación étnica y la subordina-

ción económica y política están correlacionadas (como en el caso de los campesinos indígenas de Latinoamérica e India y de los obreros africanos en Sudáfrica), y que actúa como una fuente de solidaridad popular *en un momento* de conflicto político (Devalle, 1989, 1992). La etnicidad es un modo de conciencia social, así como una forma de ordenar las relaciones sociales. Es sólo en ciertos momentos de la historia de una sociedad cuando la etnicidad se afirma explícitamente, aunque en la práctica haya sido “vivida” y “usada” todo el tiempo. La pregunta que hay que responder es ¿bajo qué condiciones surge la etnicidad como un elemento importante para la movilización política?

Tomando en cuenta estas consideraciones, pasemos ahora al nivel cotidiano de la realidad social, donde es posible recuperar la dimensión humana de fenómenos sociales que de otra manera se perderían en la grandiosa escena de la geopolítica. A nivel de la vida diaria, más que luchas abiertas y espectaculares que culminan en movimientos importantes, lo que encontramos son actitudes y acciones que frecuentemente pasan inadvertidas, pero que de hecho suministran el substrato para cuando finalmente se desencadenan las grandes movilizaciones populares.

Cuando los conflictos de clase se desvían hacia confrontaciones a otros niveles (por ejemplo, “locales” contra “forasteros”) o cuando el desarrollo de movimientos basados en la clase se enfrenta a grandes obstáculos, la etnicidad puede funcionar como un factor de unidad *en cierto momento* de la acción política. Por otra parte, una situación de inseguridad social y económica —como se ha dado últimamente en varios contextos (en particular en Europa), donde la propia identidad colectiva se concibe como la única certidumbre— puede favorecer el surgimiento de formas extremas de exclusivismos. Por ejemplo, en la India contemporánea esta situación ha dado como resultado la manipulación de la noción de “mayoría” en las recientes manifestaciones del “ultranacionalismo hindú”.

Entre los grupos étnicos subordinados, quien ofrece los elementos para una estrategia de sobrevivencia y para la reproducción social y quien da la fuerza para refrenar y cuestionar el avance de una tentativa de orden hegemónico es el terre-

no cultural. El “lenguaje” cultural en el que se vive y expresa una identidad étnica particular, tiene códigos y significados que tienen sentido sólo para aquellos que los crean y comparan. Ahí radica la fuerza de la cultura en situaciones de dominación-subordinación: preservar los espacios codificados que pueden volverse *zonas de resistencia*.

En nuestra opinión, las relaciones entre los procesos de dominación y las fuerzas de resistencia han dado lugar a *formaciones culturales* de *opresión* y *protesta*, que son específicas de los contextos históricos y sociales en los cuales surgen. El desarrollo de estas formaciones rebasa el escenario formal de la política. Parece ser precisamente en el ámbito cultural donde tendrá lugar la lucha por alternativas de civilización frente a la globalización masiva.

Hay que señalar que sólo partes de la cultura de aquellos colocados en una posición subordinada están estructuradas en una *cultura de protesta* y se desarrollan como una respuesta directa a la *dominación* o la *opresión*. Gran parte de la cultura continúa desarrollándose como una *cultura vivida* en el marco de los procesos sociales y políticos con sus propias motivaciones, continuidades y contradicciones. De la misma manera podría considerarse que el impacto del proceso de globalización o mundialización de la cultura (o de las culturas) —a través de la tecnología, los medios masivos de comunicación o el consumismo inducido— tiene un efecto débil puesto que toca de manera diferente a los diversos sectores sociales, y no afecta profundamente todos los niveles de la cultura. En este sentido, podría hablarse de grados de desculturización y de colonialismo cultural, pero no de “hibridación” cultural o de “sincretismo” (cf. García Canclini, 1990; Ortiz, 1993; los debates de la Cuarta Conferencia Decenal de la Asociación de Antropólogos Sociales, Oxford, 1993), ni tampoco de “la civilización que estamos viviendo” (Ortiz, *ibid.* 8; cursivas mías). ¿De qué civilización estamos hablando? ¿Quién es este abstracto “nosotros”? Los defensores de las *culturas híbridas* no se percatan de su lamentable selección de palabras apropiadas para la biología, donde los híbridos son estériles. ¿Acaso contemplan así la posibilidad de culturas estériles, desprovistas de creatividad y capacidad de renovación?

Una *cultura de la opresión*, que se puede detectar a nivel local, podría adquirir hoy una dimensión internacional. Esta *cultura* se puede definir como el conjunto de los significados y valores dominantes, que se acompañan de prácticas en las cuales la violencia y la coerción participan como elementos constitutivos y significantes en la reproducción de un orden social dominante, mediante el cual los que detentan el poder tratan de mantener y fortalecer su posición superior. Las expresiones de esta *cultura* suelen abundar en el ámbito público, dado que su fuerza reside en hacerse conocidas entre sus subordinados. Esto se observa, por ejemplo, en la frecuencia de las atrocidades cometidas contra las poblaciones de campesinos e indígenas, como las ocurridas en las últimas décadas en Guatemala e India, y que se le presentan a la gente como “castigos ejemplares”. En cuanto a los grandes públicos, los medios electrónicos se han destacado en la labor de difundir públicamente los horrores de la guerra (como durante la guerra del Golfo) en forma de “espectáculos” asépticos.

Para hacer una breve mención de uno de los aspectos más destacados de la vida sociopolítica actual, señalaremos que para las clases dominantes, en el ámbito local, y para las potencias actuales, en el internacional, la violencia ha adquirido el peso de un “valor” —la condición de vida necesaria para mantener un orden que intenta ser omniabarcante— legitimado como un “derecho” de los poderosos. La violencia sólo tiene sentido si tiene un objeto. Los valores de inferioridad-superioridad respecto de ciertas poblaciones proporcionan con facilidad este objeto. Cuando la violencia sale a escena, se completa el proceso de construcción del objeto: poblaciones enteras quedan objetivadas, convertidas en un blanco deshumanizado, en una masa sin identidad. Hoy en día, los medios electrónicos contribuyen enormemente con el anonimato de la violencia: la responsabilidad es de las máquinas y no de los seres humanos (*v. gr.* la forma en que se difundió la información de la guerra del Golfo), o bien las turbas sin rostro, pero en su derecho, son presentadas como agresores justificados (como en las grabaciones de audio y video de los recientes disturbios antiislámicos en India).

A los sectores subordinados, incluso a poblaciones enteras, se les percibe como engañosos y peligrosos, a través de ópticas “paranoides”. Esta percepción ha sido ampliamente apoyada por la manera como los medios modernos de comunicación pintan a los pueblos no occidentales: el temido y anónimo “monstruo” en que se ha convertido para los poderosos la afirmadora presencia de las clases subalternas<sup>4</sup> y de los pueblos no occidentales, en todas las épocas (véase, por ejemplo las caricaturas sobre la guerra del Golfo de la prensa estadounidense; o las elocuentes fotografías de los diarios del dirigente encarcelado de Sendero Luminoso en Perú, o las fotografías y la cobertura de los noticieros televisivos de las recientes ejecuciones de mexicanos en Estados Unidos). La violencia comienza a aparecer en la mente de los poderosos como una táctica legítima de defensa propia. Esta circunstancia se puede apreciar en la violencia continua contra los campesinos indígenas que se autoafirman (como en la Guatemala de hoy) y contra los movimientos populares en contextos locales, y también en la proliferación de guerras e intervenciones de los últimos tres años.

Si bien en este ensayo no es posible examinar, por extenso, la naturaleza y las modalidades de las *culturas de protesta* populares, sí es posible hacer al menos algunas observaciones sumarias para comprender la vida de las comunidades y de los pueblos que viven en contextos caracterizados por la violencia, y observar la manera como manejan esas situaciones y se oponen a ellas en la vida cotidiana.

Si uno quisiera, por ejemplo, buscar una herencia compartida en todas partes por los pueblos indígenas —aquellos que llegaron a ocupar posiciones subalternas durante la conquista y en el proceso de construcción del Estado moderno— lo que encontraremos como denominador común serán largas historias de resistencia y protesta. Esto no es de ninguna manera monopolio de los pueblos indígenas, sino parte de la vida de

<sup>4</sup> Al mismo tiempo, las clases subalternas usan en su provecho la amenazante presencia de la multitud y el anonimato que ésta ofrece, como parte de una estrategia de acción popular, aspecto ya señalado por E. P. Thompson (1974: 401 y ss.).

todos los sectores subalternos; sin embargo, existe una diferencia: en el caso de los pueblos indígenas la dimensión de la identidad histórico-cultural (llamada *étnica*), tiende a darle significados extra a la resistencia.

Generalmente, las poblaciones dominantes han representado a los pueblos indígenas como carentes de una historia previa al momento de conquista o dominación. A pesar del manto asfixiante con el que las historias oficiales han cubierto la historia de los pueblos indígenas, ésta se mantiene viva en la memoria colectiva y se expresa en la historia oral, en las formas estéticas, y en las actividades compartidas en la vida económica y social diaria. La cultura se vuelve el medio privilegiado para interpretar la realidad social y para comunicar esta interpretación, a pesar de las situaciones de enfrentamiento, violencia y represión.

Como la dominación no sólo se ejerce en el terreno económico y político sino también en el cultural, la lucha contra ella se lleva a cabo en múltiples niveles, y se emplean todos los modos posibles de acciones intencionales. Así, los signos y las actividades culturales pueden verse impregnadas de significados políticos. Por lo tanto, vemos la formación de *culturas de protesta* que no sólo son activas en las rebeliones abiertas, sino que actúan en la conciencia y en las acciones de oposición que desarrollan los sectores subordinados en la vida cotidiana. No hay, empero, una cultura inherente o perpetuamente rebelde. *La cultura se vuelve rebelde*, dependiendo de las formas en que la conciencia social se desarrolla dadas las contradicciones y oposiciones socioeconómicas existentes. La totalidad del ámbito social es un terreno potencialmente propicio para formular la resistencia y la protesta. Entre los sectores subalternos surge la necesidad de encontrar y de proteger los espacios disponibles más apropiados en el campo social para usarlos como *zonas de resistencia*, que generalmente son marginales respecto de los espacios que ocupa el juego explícito de las relaciones de poder (por ejemplo, alrededor de la producción de símbolos y significados; de las modalidades y significados del trabajo; de la historia y la literatura orales y de las actividades recreativas).

### Algunos comentarios finales

En la época de los movimientos de liberación y de descolonización, las identidades histórico-culturales han desempeñado un papel importante en la movilización política popular. Actualmente, con la descolonización aun sin terminar y con el surgimiento de nuevas formas de “mecanismos coloniales”, este papel aparece nuevamente en primer plano. Entre los pueblos del Sur, la visión que anima estas movilizaciones tiene un carácter totalizador y comprende los ámbitos social, económico y cultural. En el Sur, los procesos actuales de autoafirmación no representan la amenaza de la desintegración sino el reto de la reintegración basada en el reconocimiento y el respeto de la diversidad y de las necesidades específicas de las sociedades en las que se desarrollan.

Este ensayo pone énfasis en la necesidad de reintegrar al panorama actual la dimensión de la diversidad civilizatoria y las alternativas. Tomar en cuenta esta dimensión implica reconocer la existencia y la posibilidad de muchos y variados proyectos sociales para el futuro, frente a la imposición de un proyecto de globalización guiado por “la visión etnocéntrica de una pequeña parte de la humanidad” (en palabras de G. Bonfil Batalla, 1992:18), es decir, la renovada *mission civilisatrice* en la cual Occidente está enfrascado actualmente. Es dentro de este contexto donde la etnicidad se ha llegado a ver como una amenaza a “la verdadera civilización [= la occidental]”. Al evaluar la confrontación actual se confunden las causas y los efectos de los procesos sociales como sucede con los conflictos étnicos, que son considerados un obstáculo para la democracia. Hoy en día el concepto de democracia está siendo formulado por las potencias occidentales de la manera más antidemocrática, como una receta ya hecha. Esta formulación que respalda a las democracias electorales *formales*, se basa en un concepto superficial del desarrollo político y social. Considera a las sociedades como si fueran a iniciar un proceso de democratización desde cero, como si carecieran de historicidad y especificidad. Las propuestas del llamado “Nuevo Orden Mundial”, en la práctica tienden a favorecer la desigualdad creciente de las sociedades del Sur, minando así las

condiciones necesarias para que la verdadera democracia se desarrolle.

Las propuestas alternativas derivadas del punto de vista sostenido por el Sur no se limitarían *solamente* a lo económico. Las demandas en curso y las circunstancias económicas y políticas específicas en el Sur son las que precisamente revelan un amplio espectro de problemáticas que comprenden el cuestionamiento de las formas existentes e intentadas de distribución del poder a escala global: la defensa del territorio, los recursos naturales y la especificidad social y cultural, y el asunto de la autodeterminación y la soberanía efectivas.

Hay la esperanza en creer que las fuerzas *auto-convergentes* basadas en la autoafirmación sociocultural y la necesidad de autosuficiencia y de desarrollo endógeno continuarán desarrollando su propia dinámica, independientemente de las fuerzas que llevan a una centralización global creciente ante las renovadas aspiraciones de hegemonía de Occidente. Al considerar la escena mundial actual, el concepto de lucha de liberación debería ampliarse para incluir no sólo los movimientos sostenidos de considerable profundidad histórica—algunos de ellos aún vigentes en contextos coloniales o casi coloniales (Timor, Palestina, etcétera)— sino también las prácticas sociales más sutiles pero no menos eficaces para contrarrestar la hegemonía, profundamente arraigadas en la vida cotidiana de los sectores subalternos. Bajo esta luz, la memoria colectiva y las experiencias de sobrevivencia, de lucha social y de desarrollo civilizador de estos pueblos ¿permitirán que se lleve a cabo un proceso retrógrado de la llamada “recolonización”? Ésta es una de las muchas preguntas que deberán confrontar los científicos sociales.

### Bibliografía

- ABDEL - MALEK, A. (1981), *Social Dialectics*, vol. I y II, Londres, Macmillan Press.
- ALMEYRA, G. (1993), “La recolonización, Churchill y el revisionismo histórico”, *La Jornada*, México, 16 de enero, p. 39.
- ANDERSON, B. (1983), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.

- BENJAMÍN, W. (1969), *Illuminations*, Nueva York, Schocken Books.
- BONFIL BATALLA, G. (1989), *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo.
- \_\_\_\_ (1992), "Por la diversidad del futuro", *Ojarasca*, 7, México, abril, pp. 12-18.
- COPANS, J. (1974), *Critiques et politiques de l'anthropologie*, París, Maspero.
- CHESNEAUX, J. (1993), "La función terapéutica de la historia", entrevista, *La Jornada*, México, 4 de abril, pp. 26-31.
- CHOPRA, Pran (1991), "Foreign Policy in a Changing World", *EPW*, 6 de abril, pp. 911-922.
- CHOSSUDOVSKY, M. (1991), "Global Poverty and the New World Economic Order", *EPW*, XXVII (44), pp. 2527-2537.
- \_\_\_\_ (1992), "Under the Tutelage of IMF. The Case of Peru", *EPW*, XXVII (7), pp. 340-348.
- DAS, V. y Nandy A. (1985), "Violence, victimhood, and the language of silence", *Contributions to Indian Sociology* (s. f.), 19 (1), pp. 177-195.
- DAS, V. (comp.) (1990), *Mirrors of Violence. Communities, Riots and Survivors in South Asia*, Delhi, Oxford University Press.
- DAVIDSON, B. (1992), *The Black Man's Burden. Africa and the Curse of the Nation-State*, Londres y Nueva York, James Currey and Random House.
- DEVALLE, S. B. C. (1985), "Clandestine Culture of Protest in Colonial Situations", *Canberra Anthropology*, 8 (1 y 2), pp. 32-57.
- \_\_\_\_ (1989) (comp.), *La diversidad prohibida. Resistencia étnica y poder de Estado*, México, El Colegio de México.
- \_\_\_\_ (1992), *Discourses of Ethnicity. Culture and Protest in Jharkhand*, Londres-Newbury Park-Nueva Delhi, Sage.
- FALK, J. (1988), "War and Peace Studies: Towards a Peace Paradigm", en R. Walker y W. Sutherland (comps.), *The Pacific: Peace, Security and the Nuclear Issue*, Tokio y Londres, UNU-Zed Press, pp. 221-222.
- FLORES OLEA, V. (1990), "Año 2000. Desafío para América Latina", *Excelsior*, México, 11 de septiembre, pp. 1 y 12.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- GHOSH, J. (1992), "Questioning Liberalization", *EPW*, XXVII (18), pp. 948-950.
- GUNDER FRANK, A. (1990), "Political Economy of North-South Conflict in the Gulf", *EPW*, XXV (37), pp. 2043-2044.
- HOBBSAWM, E. (1991), "The Perils of the New Nationalism", *The Nation*, 4 de noviembre, pp. 537, 555 y 556.

- \_\_\_\_\_ (1992), *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press (2a ed.).
- \_\_\_\_\_ y Ranger, T. O. (comps.) (1983), *The Invention of Traditions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JOHNSON, P. (1993), "Colonialism's Back —and not a Moment Too Soon", *The New York Times Magazine*, 18 de abril, 22, pp. 43-44.
- NAIRN, T. (1975), "The Modern Janus", *New Left Review*, 94, pp.3-29.
- ORTIZ, R. (1993), "A Mundialização da cultura", trabajo presentado en el Seminario Internacional "From Local to Global Culture. Redefining Anthropology", México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- OXFORD (1993), IV Decennial Conference of the Association of Social Anthropologists of the Commonwealth on "Local and Global Knowledges".
- PETRAS, J. (1991a), "US-Iraq War: Ten Theses on Late Imperialism", *EPW*, XXVI (7), 16 de febrero, pp. 351-352.
- \_\_\_\_\_ (1991b), "Gulf War and the New World Order", *EPW*, XXVI (9 y 10), 2-9 de marzo, pp. 482-484.
- SAID, E. W. (1988), "Identity, Negation and Violence", *New Left Review*, 171, pp. 46-60.
- SAMUEL, R. (comp.) (1981), *People's History and Socialist Theory*, Londres, Routledge and Kegan Paul.
- SCOTT, J. (1986), "Political Analysis and the Hidden Transcripts of Subordinate Groups (mimeografiado, Departamento de antropología RSSR, ANU, Canberra), publicado en 1987 en *Asian Ass. of Australia Review*, 10 (13).
- \_\_\_\_\_ (1990), *Domination and the Arts of Resistance Hidden Transcripts*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- \_\_\_\_\_ (1991), *Theory, Culture and Society, Global Culture*, número especial, 7 (2-3), junio.
- THOMPSON, E. P. (1974), "Patrician Society, Plebeian Culture", *Journal of Social History*, 7 (4), pp. 382-405.
- \_\_\_\_\_ (1967), "Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism", *Past and Present*, 38, pp. 56-97.
- VANCOUVER (1990), Conference on Politics, Economics and the Environment, Vancouver, Simon Frazer University.
- WILLIAMS, R. (1978), *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_ (1982), *The Sociology of Culture*, Nueva York, Schocken Books.

